Sosquín cominado siempre mirando piso para ver si encontraba moneditas perdidas.

Estaba ahorrando porque quería comprarse, no estaba muy seguro, o el *Miniexterminator* (nueva versión) o el *Parque de la Felicidad de los Niños* Una mañana, mientras iba a la escuela con su mamá y las melli, Lola y Mora, vio brillar algo cerca del cordón de la vereda. Pensando que era una moneda, se preparó a "atraparla". ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir que lo que "había pescado" era un hada pequeñísima! ¡Y todavía le quedaba un largo día de aventuras junto a ella!









Cecilia Pisos

PICKON DE KADA







Cecilia Pisos

PICKON DE KADA





EDITORIAL HOLA CHICOS Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina. Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998 e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

PICHÓN DE HADA

Autor: Cecilia Pisos Ilustrador: Roberto Bolívar

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-1561-64-3

Producción gráfica de 2000 ejemplares realizadas por Printerra SRL Enero 2014

Cecilia Pisos

Pichón de hada / Cecilia Pisos ; ilustrado por Roberto Bolívar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2014. 80 p. : il. ; 24x17 cm. - (Abrazo de letras. roja; 8)

ISBN 978-987-1561-64-3

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Roberto Bolívar, ilus. CDD A863.928 2

© 2014 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723 Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otro métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



Índice

1. Tic tic tic tic	5
2. No todo lo que brilla es una moneda	8
3. Cuchi, cuchi, hadita	12
4. ¡S.O.S. un hada!	16
5. Hada en el fondo del mar	19
6. Nombres de hada	22
7. Proyecto "Viento"	26
8. Moneditas en el cielo	29
9. Joaquín se va por las ramas	32
10. Hada en el Parque de Diversiones	35
11. Hada payasina	40
12. Lío brillante	43
13. Hada tan verdadera	46
14. ¿Mirá si te convertís en hada?	50
15. Comidita de hada	52
16. Hada atrapada	56
17. Hada rescatada	61
18. Volar en mariposa	64
19. Por la esquinita de un ojo	67
20. Paseo y despedida	71
21. Ronda de hadas	75

1 Tic tic tic tic

"¿Será una moneda de dos pesos?", se preguntó Joaquín mirando algo que relucía y brillaba bajo el cordón de la vereda.

Esa mañana, como todas las mañanas, caminaba hacia la escuela detrás de su mamá y de las mellizas.

Esa mañana, como todas las mañanas, iba arrastrando los pies porque tenía sueño. Iba arrastrando la mochila porque estaba bien pesada.

Iba arrastrando su varita *buscatesoros*, que hacía *tic tic tic tic* en esa vereda con baldosas de rayitas.

Joaquín tenía sueño porque a la noche, antes de dormirse, se había quedado pensando qué quería más: si el muñeco *Miniexterminator* (nueva versión) porque el que él tenía estaba viejito, o el set de ladrillos de plástico que servía para armar un parque de diversiones, con su rueda de la fortuna y su máquina de hacer copos de algodón de azúcar.

Y la mochila estaba pesada porque ese día tenían clase de Ciencias, y él llevaba todos los materiales para un trabajo en equipo. Sí, aunque era en equipo, seguro que Santino y Felipe se iban a olvidar.

Y la varita la arrastraba porque desde hacía unos cuantos meses estabajuntando monedas para comprarse o el *Miniexterminator (nueva versión)* o el Parque de la Felicidad de los Niños.

- —¿Miniexterminator o Parque? —se había preguntado otra vez justo esa mañana, al pasar por la cuadra de la juguetería y ver de nuevo los dos juguetes en la vidriera.
- —Eso que brilla no puede ser una moneda de dos pesos —trató de convencerse—. ¿Quién no la va a levantar si se le cae?

Eso pensaba cuando sus hermanas lo llamaron a grito pelado:

—¡Titín, Titín! ¡Apurate!

Además de las monedas y billetes que le regalaban a Joaquín el abuelo Neno y la abuela Estela cuando los visitaba, él tenía su "sueldo" por cuidar a las melli mientras su mamá daba clases de piano. Las melli, de a una, Lola o Mora, se portaban bien, pero de a melli, ¡eran terribles! Es que eran muy chiquitas todavía, apenas si iban a salita de tres. Ahora, si ya sabían hablar bastante bien, ¿por qué a veces lo hacían como cuando estaban aprendiendo? Joaquín se había quejado mil veces a su mamá, que sólo lo escuchaba y se sonreía.



No todo lo que brilla es una moneda

—¡Ya voy!¡Me estoy prendiendo los zapatos! —inventó Joaquín para decidir qué hacía con **eso que brillaba** ahí, bajo el cordón de la vereda. Si utilizaba o no su varita *buscatesoros* para averiguar qué era. Podía ser la corona de un rey en miniatura. Un anillo del tesoro de un pirata. Un diente de cristal de la cueva de Ratón Pérez.

La varita *buscatesoros* la había diseñado Joaquín un día después de ver con su papá un video en YouTube sobre un señor que se hizo rico juntando moneditas en una fuente en Italia. Los turistas que la visitan creen que da buena suerte arrojarlas al agua para pedir deseos.

Bueno, en la plaza del barrio de Joaquín nunca hubo ninguna fuente, pero él se dio cuenta de que si uno va por la calle mirando con atención, se encuentran muchas monedas que se les caen a las personas o que pierden. Especialmente las monedas más chiquitas. Entonces, como el señor del video, se había creado una herramienta para atraparlas o pescarlas de los rincones más escondidos.

No fue difícil. Para hacer su varita buscatesoros sólo tuvo que buscar, con mucho cuidado, el metro de carpintero del taller de su papá.

Y luego, comprar en el quiosco un chicle de esos bien gordos y rosados. Después de mascarlo un rato y sacarle el gusto, Joaquín pegó el chicle en la punta del metro.

¿Cómo funcionaba la varita?

Si hubieran estado justo en la cuadra donde Joaquín vio eso brillante misterioso, habrían notado que Joaquín estiraba todas las maderitas del metro y se disponía a pescarlo.

Pero primero se restregó los ojos, por las dudas. ¡Tenía tanto sueño! Eso brillante misterioso igual seguía ahí, medio confuso en el agua con barro de la alcantarilla, mezclado con las hojas del otoño y una bolsa de basura...

- —¡Joaco, dale que ya cruzamos la avenida! ¡Vamos a llegar tarde! —le avisó su mamá desde la esquina.
 - —¡Titín! ¡Titín! —lo fastidiaron sus hermanas.

Joaquín no lo pensó más. Tenía que actuar sí o sí en ese momento. Metió un poco la varita buscatesoros en la alcantarilla y tanteó con ella, tratando de tocar eso que brillaba. No llegaba bien: eso que brillaba, ¿también se movía?



Estiró por segunda vez la varita, que hizo ¡splash! y se resbaló.

Joaquín se acostó en la vereda y metió el brazo hasta el codo porque la varita *buscatesoros* ya estaba extendida al máximo.

Ahí fue cuando vio que **eso que brillaba** no era una moneda de dos pesos, no.

No era una estrella viva, tampoco.

Ni era una ratita disfrazada de estrella. No, no, no.

Eso que brillaba y que empezó a sacar a los tirones, por entre la rejilla del desagüe, y que venía con el chicle del *buscatesoros* pegoteado en el pelo era... ¡un hada!

Y, para colmo, ¡chiquitísima! ¡Un pichón de hada!

3 Cuchi, cuchi, hadita

—¡Ya se pone verde el semáforo! ¡Te quiero acá! —fueron las palabras de la mamá que hicieron reaccionar a Joaco. Todo había sucedido muy rápido.

Como pudo, plegó la varita buscatesoros y la metió en el bolsillo de la mochila. El hada quedó colgando del pegote de chicle que tenía en el pelo y con las patitas al viento.

"Si nadie se acerca demasiado", pensó Joaquín, "va a parecer uno de esos llaveros que se enganchan en el cierre, eso sí: brillosito, brillosito."

Por suerte, las melli no lo vieron y la mamá tampoco, y apenas entró en la escuela, se fue directo a la fila de segundo. Atrás de todo de la fila de segundo. Para ser más exactos, al último lugar de la fila de segundo. Después del saludo a la bandera, iba a pedir permiso para ir al baño y allí vería dónde escondía al hada.

Por un rato, todo salió bien, ya que Joaquín era el que más tarde había llegado. Por un rato. El hada pataleaba,



pero lo hacía en silencio; sólo él podía oír, entre gritos y conversaciones, el *frusfrús* de sus alitas desesperadas.

Entonces, llegó Nacho, que se formó detrás de Joaco, con su mochila de camuflaje de soldado. Por otro rato más, no pasó nada porque se ve que Nacho estaba medio dormido. ¡Hasta que abrió los ojos! Grandes. Y después de abrir los ojos, abrió la boca:

- —¡Joaquín tiene una muñequita de hada!
- Y enseguida repitió con más detalles:
- —¡Joaquín tiene un hada rosa con brillitos!

En dos segundos, los demás compañeros lo rodearon. Si en ese momento le hubieran hecho una radiografía a la cabeza a Joaco, habrían visto cómo se movían a toda máquina los engranajes y mecanismos del cerebro, echando humito de ideas. ¿Qué iba a decir?

Los varones se empezaron a matar de risa:

- —Cuchi, cuchi, hadita —le dijo Santi, haciéndole cosquillas en la panza.
- —¿Será una de esas hadas que te conceden deseos? —preguntó Luca y la tocó.

La punta del dedo le quedó brillando.

—¡Joaco juega con muñequitas! —se burló Nacho.

En ese momento, las chicas empezaron a empujarlo y rodearlo para verla.

- —¡Miren cómo abre y cierra los ojitos! —señaló Azul.
- —¡Mueve las alitas! —observó Violeta.
- —¡Auch! ¡Y da patadas también! —se quejó Lila.

Entonces, Joaco se zafó, se apoyó contra la pared, y fue ahí que le salió una especie de explicación:

—¡Es de mis hermanas! ¡No la toquen!

Y nadie dijo nada más porque empezó a sonar la canción de la bandera.



4 iS.O.S. un hada!

Apenas terminó el saludo de la entrada, Joaquín le pidió permiso para ir al baño a su maestra.

Apenas entró al baño, abrió la mochila y buscó la tijera de su cartuchera.

Apenas cortó el mechoncito de pelo que tenía pegado al chicle de la varita, el hada salió volando como loquita. Voló para un lado y se chocó contra la pared. Voló para el otro y se chocó contra la ventana empañada por el frío. Voló contra el espejo, se chocó y, de la rabia, sacó la lengua.

Joaquín la dejó que volara todo lo que quisiera, a lo mejor estaba estirando las alas nomás... y abrió la canilla para lavarse la cara y pensar mejor qué hacer. En eso, pasó el hada por el chorrito del agua y lo empapó. Después, voló hasta el techo y desde arriba lo miraba, mientras se reía con una risa tan finita que parecía la de un grillo.

Desde abajo, por fin, Joaco pudo verla mejor: rosada, con alas de libélula, nariz siempre fruncida, rápida, no más alta que su dedo índice, a veces transparente...



Al volar dejaba el aire brillante por un segundo, nunca estabas seguro...

Cuando el hada se dio cuenta de que la cara de Joaquín no era para nada una cara de risa, bajó aleteando despacio, se paró derechita en la mesada y bajó la cabeza.

—¿Sos un hada de verdad? — por fin pudo preguntarle Joaco.

El hada hizo un ruidito brillante que parecía un sí.

—¿Y qué hacías en el agua sucia del cordón de la vereda?

El hada subió y bajó los hombros.

—Hada, ¿estás perdida? ¿Perdiste a tu mamá?

El hada hizo que sí con la cabeza varias veces muy rápido y se desprendieron pequeñísimas estrellas de colores. Entonces, Joaquín ahuecó su mano y la rodeó, como abrazando a ese pichón de hada que había encontrado y sin saber por qué, le dijo con voz segura:

—Yo te cuido hasta que la encontremos.

El hada se iluminó toda, pegó un saltito hasta el cachete de Joaco y le hizo cosquillas con las alas. *